**Las esquinas del azar**

Oscar de la Borbolla

Al llegar a su casa, Inés escuchó el impaciente sonido del teléfono. Había vuelto de prisa, pues a medio camino reparó en la falta de unos papeles sin los cuales no podía presentarse en su despacho; venía molesta por el retraso: la mañana iba a desordenársele y todas sus citas quedarían corridas. ¿Quién llamaría a esas horas? Entró y se dirigió a la mesita donde el aullido intermitente comenzaba a enronquecer.

Del otro lado de la línea, Juan, soñoliento todavía, se acercaba con paso maquinal a la estancia desde la que, a su vez, era convocado por los timbrazos del teléfono: se había desvelado con los últimos retoques de cierto retrato que debía entregar por la tarde, y sólo el taladro plañidero del aparato telefónico con su incansable persistencia había logrado resucitado del fondo del sueño. En el mismo instante, ambos descolgaron el auricular: Bueno, dijo Inés. Bueno, dijo Juan. ¿Con quién quiere hablar?, preguntaron a un tiempo. ¿Cómo que con quién quiero hablar?, si es usted el que está llamando, replicó Inés con un tono áspero en el que se advertía el disgusto.

Perdóneme, repuso Juan de modo conciliador, despabilándose apenas, pero yo no la he llamado: descolgué mi teléfono porque sonaba, porque usted, creo, marcó mi número. Su voz, adormilada aún, daba crédito a sus palabras, las revelaba sinceras. Así que Inés, extrañada, pero admitiendo aquella explicación, agregó amablemente:

Pues a mí me ha ocurrido otro tanto: mi teléfono sonó y lo descolgué. Ambos sonrieron y sin extenderse más, intercambiaron sus disculpas.

Juan bostezó, miró hacia el retrato recién terminado en la madrugada: una gota de aceite vencida por la fuerza de gravedad se había precipitado como una lágrima: la cara regordeta que flotaba en el espacio del lienzo se había arruinado. Tomó un trozo de estopa para absorber el exceso de humedad y, repasando el rostro con unos pinceles limpios, corrigió el desperfecto; se felicitó por el azar que lo había despertado justo a tiempo: antes de que la gota escurrida se hubiera secado haciendo indispensable repintar el retrato y acaso hasta diferir su entrega.

Volvió a la cama complacido; pero ya no pudo conciliar el sueño o, por lo menos, no pudo hundirse profundamente en él: los pensamientos ocupaban el lugar de las imágenes, pensaba dormido en vez de soñar: una larga conversación con la mujer del teléfono lo mantuvo en estado de duermevela hasta la una de la tarde, cuando, harto de tanta vuelta inútil, decidió levantarse. En ese mismo momento, Inés mostró a la pareja que tenía ante su escritorio los papeles donde se estipulaban las cláusulas de un divorcio. Yo estoy de acuerdo, dijo el marido. Pues yo no, dijo la esposa: la pensión alimenticia me parece baja. ¡Bajo el treinta y cinco por ciento!, dijo él indignado, a usted abogada, ¿le parece bajo? Fue lo convenido, respondió Inés; pero si la señora no está de acuerdo, les suplico pasen a discutirlo al privado, y señaló una puerta que abría a una salita adonde los esposos entraron. Al quedarse sola, Inés clavó la vista en su escritorio y le vino a la mente el choque brutal que por la mañana había despedazado el automóvil que iba delante del suyo. Si cuando regresé a mi casa no me hubiera entretenido ese instante por culpa del teléfono, ahora no estaría aquí, pensó, mientras que del privado salía una retahíla de injurias: Cuarenta por ciento o no firmo nada.

Juan aflojó las uñas que sujetaban el lienzo al caballete y llevó el cuadro delante del espejo del baño: los ojos le habían quedado chuecos; levantó los hombros y refiriéndose al retrato dijo: Qué feo estás cabrón; pero eres igualito a tu dueño. A un lado del botiquín, en la repisa de porcelana adosada a la pared había dos cepillos de dientes: uno pertenecía a Juan, el otro era el único recuerdo que el pintor conservaba de su última amante de planta: una morena de unos veinticinco años que se alquilaba de modelo y, eventualmente, según soplara el viento, vivía tres o cuatro meses acompañando a alguien.

Juan le había hecho decenas de bocetos, e incluso la había dibujado de cuerpo entero en una especie de acuarela pequeña, utilizando su sangre menstrual. Ahora, a un año de distancia, nada sobrevivía de aquel romance, salvo ese desflecado cepillo que Juan, a veces por indolencia y a veces por la vaga intención de llegar a usarlo como pincel, dejó olvidado en la repisa. Hacía tiempo que vivía solo y, aunque de su vertiente de retratista sacaba más de lo necesario para irla pasando con holgura, no encontraba compañía, no digamos una mujer que le restituyera el entusiasmo para pintar esos fragmentos de mundo que alguna vez deseó, sino siquiera una por quien tomarse la molestia de abdicar a la mitad de su cama.

Estaba hastiado y sólo de cuando en cuando hacía el amor con alguna muchachita insulsa que levantaba en la calle, cerca de una escuela, o con prostitutas profesionales que respondían a sus jadeos con frases que lo instaban a apurarse. El señor de rostro regordete quedó feliz con el retrato y agregó a lo pactado una propina que Juan se echó al bolsillo junto con la tarjeta de otro señor interesado en que le hicieran una copia de la *Maja desnuda* de Goya. Esa noche, cuando Juan prendió un cigarro y fue a tumbarse en el sofá, frente a la nueva tela que ya lo esperaba en el caballete, Inés en su departamento cerró el libro que leía, apagó la luz de la lámpara y, con las manos metidas debajo de la sábana, jaló el cobertor a la altura del cuello.

Ella también estaba sola: haría un par de años su exesposo le había dicho: Qué tal si ahora que te recibas de abogada, llevas tú misma nuestro asunto y disuelves este vinculito legal que me tiene harto. Desde entonces, Inés, escarmentada por las delicias del matrimonio, se había prometido no volver a compartir su futuro ni su presente con nadie, ya que su pasado, qué remedio, no podía enmendarlo. Al principio, atormentada por la castidad, había cedido a la insistencia de algunos compañeros del trabajo, pero con tan lamentables resultados que hasta llegó a extrañar la eyaculación precoz de su exesposo, pues a la insatisfacción en que la dejaban sumida sus fornicadores furtivos, tenía que añadir la tosca vulgaridad de sus modales y las ínfulas de sobredotados con las que pretendían ocultar sus prácticas de onanistas excesivos. Después, prefirió sobreponerse a su necesidad de compañía: los asuntos del despacho se multiplicaban sin cesar y, a fuerza de escribir demandas, ir y venir a los juzgados, comparecer en las audiencias, retacar su agenda de citas, asesorar legalmente a una multitud indeterminada de misceláneas con problemas fiscales y, en ocasiones, desempeñarse como defensora de oficio, logró desenvolverse en un mundo de conceptos jurídicos, actuarios, peritos, testigos, jueces, demandantes y partes, en donde no cabía ni hacía ninguna falta una persona real que pudiera ofrecerle un poco de ternura.

El teléfono de Inés repiqueteó al pie de la lámpara de noche; no lo hizo con el espasmódico sonido de siempre, sino con una intermitencia que parecía desesperar a cada instante. También el teléfono de Juan se desató con onomatopéyicos timbrazos, obligándolo a separarse del lienzo que estaba fondeando.

Bueno, dijo él con fastidio. ¿Si?, respondió ella un tanto sobresaltada por lo inopinado de la hora. ¿Con quién quiere hablar?, preguntó Juan, e Inés reconoció su voz.

-Oiga, ¿no es usted el mismo que llamó en la mañana?

-Ah, es usted: de modo que se han vuelto a conectar nuestros teléfonos.

-Así parece, por lo visto las líneas están enloquecidas ...

-Sí, así parece ... Oiga, de todas formas, me da gusto escuchada.

-Pues, a decir verdad, también a mí: tengo algo que agradecerle ...

-No me diga, a mí su telefonema me permitió arreglar cierto trabajo que traía entre manos ...
-Pues a mí. ..

A partir de esa noche las llamadas se hicieron frecuentes: por lo menos una vez al día ambos teléfonos sonaban. Trataron de evitarlo: reportaron las líneas a la central telefónica y acudieron los técnicos a revisar los aparatos, pero no descubrieron ningún daño: tal vez en algún punto los cables se juntaban; pero era imposible saberlo, además no ocurría siempre: las otras llamadas entraban y salían con absoluta normalidad. Tuvieron que desistir. Tuvieron que aceptar esas llamadas caprichosas y, con el transcurso de las semanas, hasta se hicieron a la idea de que el azar de esas conversaciones era inevitable. A veces platicaban largo y tendido porque los dos tenían tiempo y estaban solos y, en ocasiones, de forma rápida pero cortés, se despedían pretextando algún asunto urgente. Y aunque algo como la amistad empezó a germinar entre ellos, ninguno de los dos quiso nunca enterarse ni del número ni del nombre del otro. Aquellas llamadas casuales les parecían estupendas así: hablar con un desconocido de ciertas preocupaciones sin revelar fatuos detalles personales lo consideraban casi mágico: un regalo de la pura fortuna que se echaría a perder en el caso de que dependiera de un acto voluntario. Dejarse en el anonimato los invitaba a confesar con soltura los pliegues y escondrijos de sus vidas puestas a salvo por la clandestinidad de una madeja inextricable de líneas telefónicas trenzadas.

Pero el azar, no contento con reunidos en el laberinto de voces que entelarañan la ciudad, no conforme con ponerlos en contacto en la madrugada para hacerlos decir: Ah, es usted, estaba dormida, yo también y hasta luego; no satisfecho con la broma de crearles una expectativa de desahogo cada que el teléfono sonaba, decidió juntados en las calles, en los cines, en los teatros, en los restaurantes y en cuanto lugar se le antojó. Primero no lo notaron: Inés cruzó con su portafolios de la acera este a la acera oeste de la Avenida de los Insurgentes y, obligada por los arbustos del camellón, tuvo que caminar hacia Juan que venía de poniente a levante, hacia ese punto al que ella corría. Permanecieron un minuto dándose la espalda: el rugido de docenas de autos y camiones los mantuvo ahí, sitiados, a poco menos de un metro uno del otro, sofocándose con el humo de las gasolinas y el diesel. Al otro día, Juan ocupó el asiento número 17 de la fila D en la sala de un teatro, y ella, a la tercera llamada entró con su boleto número 18 de la fila D. Dos horas estuvieron codo a codo respirando el mismo aire viciado, sonriendo y complaciéndose con el personaje que se dejaba oír en los parlamentos del actor; dos horas con la atención enfocada al proscenio que simultáneamente los vinculaba y los aislaba levantando una pared de indiferencia entre ellos; dos horas rozándose, sin sospechar siquiera que el compañero de butaca era el interlocutor desconocido con quien esa noche comentarían la obra por teléfono y compartirían el asombro de haber asistido a la misma función.

Los encuentros se sucedieron con tanta frecuencia como las llamadas telefónicas y sus caras se les volvieron familiares, como las de antiguos camaradas de escuela o de vecinos que concurren a horas precisas a la esquina donde se venden periódicos o al estanquillo al que se va por cigarros. Inés fue la primera en darse cuenta de que aquel hombre se le presentaba hasta en la sopa. Ella era mejor fisonomista y la figura de él resultaba fácilmente identificable: alto, desgarbado y con unos rasgos que Inés no tuvo inconveniente en juzgar agradables. Luego, fue Juan quien se fijó en Inés, en la inexplicable frecuencia de sus apariciones. Vestida por lo regular con estilos sastres que la hacían lucir un poco aseñorada, se la hallaba en la cola de los bancos, en el ascensor del edificio público del que él salía tras entrevistarse con el funcionario que le había pedido una copia más sensual, más erótica de la *Maja* de Goya; con la cabeza mejor encajada, usted me entiende. En aquella ocasión, Juan le cedió el paso y tuvo que saltar fuera del elevador para que las puertas no lo prensaran, castigando así una gentileza inusual en él. Más tarde, volvieron a coincidir en un café del centro: sus mesas estaban encontradas y al levantar la vista no pudieron reprimir una sonrisa seguida de un leve gesto de saludo. En el norte, en el sur, en todos los rumbos de la ciudad de México se veían. Le pareció atractiva, quizá un tanto baja de estatura, con los labios carnosos y los ojos enormes; aunque en definitiva no era su tipo: demasiado seria para hacer juego con las paredes bohemias de su estudio, tapizadas de un lado al otro de libreros, cuadros, repisas con ídolos de jade y botellas de ron a medio vaciar.

Una vez soñó con ella: Inés disfrazada de maja con un vestido negro de siete velos y una chalina azul sobre los hombros, se materializó en un cuarto de hotel, y Juan, con una navaja de afeitar, le rasgó el vestido que se partió en dos como una cáscara de nuez dejando al descubierto un cuerpo blanco, tenso y espantado por un frío instantáneo. Soñó con ella, y soñó tanto, que ambos se despertaron a medianoche, cada uno en su casa, por completo intranquilos y deseando que sonara el teléfono porque, para ese momento, ya habían adivinado que la mujer que estaba en todas partes era la misma que llamaba, y que el hombre que la seguía como su sombra era el mismo que hablaba a cada rato.

Sin embargo, los teléfonos se mantuvieron muertos, inútilmente enraizados al muro con sus cables: ni un campanillazo, ni un sonido, nada. Amaneció despacio. Juan pensó que esa nostalgia por ella, que esa necesidad de oída eran una ridiculez. i siquiera la conocía, ignoraba su nombre, no tenía ninguna prueba para apoyar su creencia de que la mujer que a diario encontraba y la del teléfono fueran la misma: aquella voz no correspondía con aquel rostro y, aunque fuesen una, había un abismo, un barranco de asegunes entre la mujer que el azar le ponía todos los días delante y aquella con quien acababa de soñar. Este sueño es una estupidez, se dijo. Estoy hecho un imbécil evocando a esa mujer que de seguro a estas horas está dormida con otro galán. Y otro tanto le pasaba a Inés por la cabeza: había despertado con el cabello revuelto: su camisón yacía desgarrado en el piso. Ella no creía en casualidades: los constantes encuentros con ese hombre y las llamadas telefónicas debían ser parte de un plan. Soy una tonta, se dijo, ni siquiera con mis vecinos me tropiezo tan a menudo. Lo pertinaz de ese azar contradecía al sentido común y cualquier ley de las probabilidades. No había inocencia. La inocencia, ella lo sabía por su profesión, era lo más sencillo de fingir y, aunque él se mostrara tan sorprendido como ella cuando en cada desembocadura de una calle se cruzaban, esa cara de asombro debía ser una mera fachada tras la que ocultaría algún propósito trivial: la intención de desfogarse juntos.

Inés decidió romper el juego. La sensación que le produjo el sueño en el que Juan la había amado, fue demasiado vívida hasta muy entrada la mañana. Era una sugestión estúpida que le impidió concentrarse y le restó inteligencia a su trabajo. Al salir del despacho, ya convencida de que Juan la espiaba para aparecérsele en cualquier sitio, dirigió su automóvil por avenidas nuevas, cerciorándose por el espejo retrovisor de que no la seguían; se alejó de su trayecto acostumbrado e inclusive, para hacer tiempo y no volver en su casa a la hora en que el teléfono solía sonar, se detuvo en un bar del camino. Sin embargo, ahí estaba Juan con un vaso de ron entre las manos, un cerro de colillas apagadas en el cenicero y con la vista fija en ella. ¿Cómo la esperaba allí, si ni siquiera ella habría sido capaz de prever su decisión de último momento? Él también se sorprendió. Por razones análogas a las de Inés había dejado su estudio: no quería recibir llamadas, sino despejarse de la imagen recurrente que todo el día se había estado asomando como una obsesión en los trazos de la Maja que intentaba pintar. Los pinceles, en franca rebeldía, no daban el volumen vasto de la Maja que no servía para satisfacer los gustos vulgares del funcionario que le hizo el encargo. Juan la invitó a sentarse. Inés vaciló: no sabía si aceptar o salir huyendo de esa urdimbre de casualidades que la arrinconaban. Juan pronunció la única frase que podía retenerla:

Le juro que no la he seguido. Yo tampoco, respondió ella a la defensiva y tomo asiento. Sobre la mesita se extendió un silencio mucho más explicativo que cualquier cosa que pudieran decirse. Él reparó en ciertos detalles de la silueta de Inés que corroboraban la precisión del sueño, y ella ruborizándose miró las manos de Juan: exactamente iguales a las que la habían acariciado. Al notarlo, Juan preguntó: También usted soñó conmigo, ¿verdad? Inés asintió contrayendo los labios: no hacía falta decir más, para qué referirse a las llamadas telefónicas, los continuos encuentros, el tejido de hipótesis que cada cual había bordado, si ambos estaban al tanto, si todo, hasta los sueños, lo regía la suerte. La fuerza de esa evidencia hizo que se experimentaran como un par de conejos caídos en una trampa, como dos muñecos enredados por unas cuerdas toscamente visibles.

No quiero prestarme a este juego, dijo ella, es absurdo. Más bien, dijo él, es un juego muy serio, un juego trágico ... ¿El destino?, dijo Inés irónica y recuperando su incredulidad. Sí, el destino, repitió Juan y se quedó pensativo. No me haga reír, no soy una boba a la que va a embelesar con la historia de que nacimos el uno para el otro, de que existe un poder sobrenatural que se ha propuesto unimos. Entonces, ¿cómo explica tantas coincidencias? Yo no necesito explicarme nada y, para demostrárselo, vea cómo soy capaz de irme, cómo no hay nada que me ate a esta silla, y se puso de pie.

Esa noche Inés descolgó el teléfono para asegurarse de que nadie la perturbaría y colocó ante sí la demanda de divorcio que debía corregir: ya no era el treinta ni el cuarenta por ciento lo que exigía la esposa, sino el cincuenta por ciento del salario del marido. Las cosas que pasan, se dijo y de un tirón redactó el nuevo convenio. En los días que siguieron, Inés procuró eludir las esquinas del azar y se rehusó a responder el teléfono. Con todo, a la menor oportunidad se topaba con Juan: cuando hacía el rodeo más largo o cuando tomaba el camino más corto, ahí aparecía él: parado debajo de un semáforo o cruzando la calle delante de ella. Además, su imagen, su voz y, sobre todo, sus manos se le presentaban en la pantalla del televisor, en los expedientes que debía estudiar, en la pared de su despacho donde colgaba su título de Licenciada en Derecho, en cada rincón al que dirigía la vista y en los sueños, principalmente en los sueños. No había noche en la que no fuera perseguida por unos lobos endiablados o por una bruja montada en su escoba o por una pandilla de lanceros en la que no surgiera él, siempre estaba él al final de un túnel o a la vuelta de un recodo o detrás de una puerta. Con frecuencia se descubría pensando en la frase que le dijo en el bar: «Un juego muy serio». Esta frase y las llamadas telefónicas y los encuentros accidentales eran como un martillo, como una hacha que golpeaba en los cimientos de su vida edificada por entero sobre los asuntos del despacho, en el ir y venir de su casa a los tribunales y de los tribunales a las misceláneas y de las misceláneas a su oficina y de la oficina a los códigos y de los códigos al carajo. Su vida aclimatada, su vida estable, su vida que reposaba en los conflictos de sus clientes, en las querellas de sus clientes, en laboriosas declaraciones fiscales y en un sistema en el que la mordida, el regalo y la sonrisa eran capaces de aplazar los tiempos o de adelantar los sellos en las oficialías de partes o de inclinar los fallos de la justicia: toda la insípida naturalidad de su vida se vino abajo como un árbol tronchado o como una alacena abarrotada de trastos de loza corriente.

Juan tasajeó el cuadro de la *Maja,* bebió una botella de ron y fue a dar a un tugurio donde confundió a una “mujer ligera” con una pitonisa: le preguntó por el significado de la vida, si creía en los designios, en el destino, en la providencia, en la buena y en la mala suerte; pero la mujer se lo quedó viendo e hizo una seña a unos padrotes que fumaban en la oscuridad: Llévense a este tipo, les dijo, está muy pacheco. El cielo estaba nublado: no había luna, lo único que descollaba eran las luces rojas de las antenas de los edificios. Maldito firmamento, dijo Juan, y se quedó tirado en la banqueta. Hacía una semana de su entrevista con Inés y, salvo habérsela encontrado en rápidos cruceros, no había podido hablar con ella: cuando el teléfono llamaba corría hacia él, pero del otro lado o no había nadie o era el señor de cara regordeta que le avisaba de un nuevo amigo interesado en un retrato o era el funcionario de la *Maja* a quien daba largas. Inés sucumbió a la tenacidad del azar. Era inútil seguir escondiéndose, inútil proseguir con esa resistencia. Había descuidado su trabajo, había perdido el apetito y el sueño, había amasado una cadena de torpezas que ponía en peligro su emergente prestigio profesional. Salió a la calle dispuesta a encontrarse con él: fue al bar, se estacionó en la esquina donde lo había visto por última vez, llegó puntual a su casa para contestar el teléfono; pero cuando ella entró, él salió a buscarla, cuando él se presentó en el bar, ella lo aguardaba en la esquina, cuando él fue al teatro, ella subió en el ascensor y cuando él bajó del ascensor, ella estaba en el café del centro mirando una silla vacía. Aquella persecución se volvió un infierno cada vez más desesperante, pues los dos intuían que tal como le sucedía a uno le estaría pasando al otro. La ciudad de México era un maldito laberinto de cruceros a destiempo, de caminos que no coincidían y cada cual maldijo no haber averiguado nunca la dirección del otro, su número telefónico o su nombre. Conforme transcurrieron los días, la necesidad de verse fue en aumento, haciéndoles errar por sitios cada vez más apartados. A diario se topaban con cientos de personas que casualmente convergían con ellos en algún punto; pero ninguna era Juan, ninguna era Inés: eran rostros ajenos, disfraces con los que la muchedumbre pretendía en vano singularizase: caras que se olvidaban en el acto. Cada día era más insoportable que el anterior: el deseo de verse, de hundirse en una cama juntos para llegar hasta el fondo del otro y saborearse el alma, se les volvía más apremiante. Por la noche, la soledad los fermentaba, sus ojos giraban en el remolino del insomnio; los abrían, los cerraban, las ventanas comenzaban a clarear, el amanecer los descubrió sentados, medio muertos: el cansancio los doblegaba como el pez a la caña de pescar.